

Transversal 4 (autopista norte) 58 – 73/ piso 2/ teléfono 7457136

AL SERVICIO DEL SEÑOR JESUCRISTO

Compilador:
José Jaime Sánchez Fonseca
Licenciado en Educación
Pastor/maestro
Calvary Chapel Tunja.

Parte II
REQUISITOS DEL SERVIDOR

Si las empresas seculares y aún de carácter temporal, demandan mucho al contratar sus dirigentes, sería absurdo que una persona de cualquier manera pueda ocuparse de la trascendental responsabilidad del ministerio cristiano que es de alcance universal y eterno. Solo quien se preocupa de las elevadas demandas puede esperar que su labor no sea un "fracaso".

Ejercer el ministerio sin los requisitos justos puede llegar a imprudencia profana de graves extravíos, serias consecuencias, frustración o de un profesionalismo cínico, donde el Servidor apenas se ocupa de actuar parecido al papel de un actor de teatro.

La Sagradas Escrituras tasan unas mínimas condiciones indispensables para un auténtico Servidor cristiano:

1. LLAMAMIENTO

Según 1 Tesalonicenses 1: 9 todos los redimidos están "llamados" a servir al Señor de gloria, y por tanto, todos quedan incluidos en la vocación de servir a Dios de algún modo. El Nuevo Testamento es rico en pasajes referentes al llamamiento que Dios hace, entre otros: Juan 10: 3- 4; 1 Corintios 1: 9; Gálatas 1: 6; 2 Tesalonicenses 2: 14;

1 Pedro 5: 10; 2 Pedro 1: 3. De ellos se puede colegir que hay un llamamiento específico de parte del Señor para servirle.

Antecedentes de esta vocación vienen desde el Antiguo Testamento: Moisés (Éxodo 3: 10-12), Isaías (cap. 6), Jeremías (1: 4-19), Ezequiel (2:1 -3), entre otros. En el Nuevo Testamento vemos que Jesús hace llamado a cada uno de los *"doce"* para encomendarles la predicación de las "Buenas Nuevas" (Mateo 10: 1; Lucas 10: 1) con mayor dedicación que el resto de los miembros de cada iglesia. En Hechos 13: 2 encontramos que el Espíritu Santo llama a Bernabé y a Pablo para lanzarlos a una gran obra misionera. Pablo, *el "abortivo"* (1 Corintios 15: 8) apóstol, consciente de esta realidad da testimonio de ella en varias de sus cartas (Romanos 1:1; 1 Corintios 1: 1; Gálatas 1: 15- 16).

De los tejidos Escriturales se desprende que la vocación al servicio cristiano no es una inclinación meramente humana, como la puede sentir una persona hacia la música, la política, la medicina, la docencia escolar, etc. El sentir se debe a un auténtico llamamiento Superior, a un llamamiento de Dios.

El llamamiento es punto delicado dado que hoy no se efectúa de modo audible, mediante un ángel, o en forma espectacular o sobrenatural. Hoy es una voz interior, un convencimiento espiritual, una convicción que se debe hacer; por tanto requiere absoluta sinceridad, alta sensibilidad de espíritu para no incurrir en error o suplantar el auténtico llamado.

¿Cómo distinguir una vocación verdadera de una falsa? ¿Qué elementos de juicio usar para llegar a la seguridad de que realmente es Dios quien está llamando?

Aunque al respecto es mucho lo que dicen, aquí limitaremos los comentarios a líneas de orientación de suma importancia:

A. La voz interior. Se manifiesta en un deseo ferviente, irresistible y continuo de hacer del servicio cristiano la prioridad u ocupación suprema de la vida sin calcular el esfuerzo, la dedicación, los gastos o privaciones económicas.

El servicio a Dios y a los demás seres humanos es objetivo poderosamente atractivo y por sobre cualquier otra labor u oportunidades; la obra del ministerio se hace fascinante. En palabras de Jeremías: *"como seducido"* (20: 7). Así que, sea cual fuere el coste que el llamamiento exija, se acepta de buen agrado y por encima de todo. El creyente que así es llamado, aspirará a responder, de la obra, tal cual Dios demanda en sus Escrituras.

La voz interior es de suma importancia, pero no es la única base a tener en cuenta para entender que el llamamiento es genuino.

B. Análisis de las motivaciones. Este campo suele ser bastante complejo. Es extremadamente raro el caso en que se actué por un solo motivo, y además que sea simple y puro. Junto a las aspiraciones sublimes puede haber otra de menor altura;

puede existir, incluso, anhelos ocultos incompatibles con la genuina naturaleza del ministerio.

Algunos ven en él una posición de prestigio, de autoridad, de dominio, de personal exaltación y los mueve el afán de vanidad, de vanagloria, de exaltación y personal bienestar económico. Poco o nada entienden de amor, abnegación, humillación del servicio a los consiervos y de las renuncias necesarias. Buscan "reino y trono" cuando lo correcto de la renuncia y la cruz.

Todo aquel que en su pensamiento está el deseo de servir a Cristo debe examinar minuciosamente los motivos que le impelan su interés al ministerio, entre otros. ¿Es realmente el amor a Dios y a sus semejantes? ¿Es Cristo que lo subyuga? ¿Es la obra con todas las necesidades, dificultades y problemas que le atrae? ¿Se es consciente que los servidores de Cristo no son los atendidos y servidos sino los servidores y qué además no son los "primeros" sino "postreros"? ¿Qué nunca debe encumbrarse en las alturas de la dignidad humana sino en situación de debilidad, menosprecio, fatiga, padecimiento? (1 Corintios 4: 9- 13).

El riguroso examen debe reflejar que se desea la gloria de Dios; solo ello dará a pensar que la vocación es genuina, a pesar de algunas adherencias menos nobles.

C. Posesión de dones reales y adecuados. Cuando Dios llama para una obra determina previamente dotará para que pueda llevarse a realización. Esta provisión celestial envuelve dones entregados por El Espíritu Santo, fuerza, dedicación y permanentes deseos de la voluntad humana.

Normalmente el servidor de Cristo debe ejercer un mínimo de capacidad intelectual, pues el servicio ministerial exigirá un amplio despliegue de actividad mental, de raciocinio, de análisis, de discernimiento, de comprensión, de coherencia y ordenamiento de ideas, entre muchas otras. Aquí no cabe aplicar: *"Recuerden lo que ustedes eran antes cuando el Señor los eligió. Según la gente, muy pocos de ustedes eran sabios, y muy pocos de ustedes ocupaban puesto de poder o pertenecían a familias importantes..."* *(1 Corintios 1: 26).* Dios no escogió a lo necio del mundo para justificar la oligofrenia (esa insuficiencia de esfuerzo o claridad mental). Es incontrovertible que Dios puede realizar milagros y salvo unas contadas veces hace su obra con personas de escasas posibilidades intelectuales. Los profetas y apóstoles fueron de admirable vigor mental.

D. El carácter. Un servidor pusilánime (medroso, cobarde, carente de ánimo) indeciso, voluble (fácilmente enrollable por ideas de otros, inconstante, de fácil versatilidad) e irreflexivo (falta de dominio propio), difícilmente podrá asumir y llevar a buen fin las responsabilidades ministeriales. Jamás se espera que un servidor del evangelio sea de perfección vista; pero debe aceptarse que hay defectos que de no corregirse, serán causa de incompetencia para servir. Sin embargo, en este terreno hay posibilidades de superación; Timoteo, tímido por naturaleza, llegó a ser un colaborador poderoso, impetuoso y eficaz. En el mismo orden, la impetuosidad y volubilidad de Cefas, fue-

ron puestas bajo el control del Espíritu Santo; y el temperamento fuerte y algo violento de Lutero fue encauzado para sostenerse en la obra de la Reforma.

E. Equilibrio Psíquico (inteligencia – alma humana). Es factor a tener en cuenta. Hasta hoy se admite la imposibilidad de trazar la línea correcta entre la persona Psíquicamente normal de la que no lo es. En la historia, personas que los Psiquiatras habían tildado de neuróticos (fobia, angustiosos, histéricos, obsesivos), Dios los ha usado con resultados maravillosos, ya mujeres o varones. Algunos de los santos y fieles obreros han sufrido hondas depresiones; pero muchos otros han sido afectados por cuestiones psíquicas, con derivaciones morales o espirituales negativas que hacen desaconsejable la dedicación o continuidad en el ministerio.

F. Reconocimiento por parte de otros. Ninguno se debe constituir en juez soberano de su llamamiento; por tanto es sabio esperar la aceptación de otros. Timoteo nunca habría llegado a ocupar el oficio que realizó en la obra, si Pablo al igual que los hermanos en Listra e Iconio no hubieren reconocido en él las cualidades propias de un Servidor del Señor (Hechos 16: 1- 2).

La obra del evangelio tiene carácter eclesial, por tanto la respuesta a la vocación tendrá un respaldo comunitario. ¿Cómo podría avanzar un ministerio si el Servidor no goza de la confianza, el respaldo y apoyo moral de la iglesia local?

G. La providencia. Sí el querer de Dios es que uno de sus amados hijos sea un especial servidor, ordenará los acontecimientos de la vida de modo que este propósito pueda realizarse. En el momento oportuno el abrirá puertas y caminos, y muchas veces del modo más insospechado.

Ahora bien, no siempre un camino dado o una puerta abierta es prueba que se debe transitar o seguir o entrar en ella. Es necesario discernir si las facilidades vienen de Dios o del fuerte y hacendoso enemigo el diablo; veamos a Jonás. *"... en vez de ir a Nínive... decidió irse lo más lejos posible, a un lugar donde Dios no pudiera encontrarlo. Llegó al puerto de Jope y encontró un barco que estaba a punto de salir. Pagó su pasaje y se embarcó, contento de irse lo más lejos posible de Dios..."* (1: 3. Leguaje actual).

En cada caso, antes de una decisión se impone buscar sinceramente la dirección y voluntad de Dios. Aquel que verdaderamente teme y quiere servir no quedará sin guía. Dios *"le mostrará el camino que ha de escoger"* (Salmo 25: 12). Aún en el caso de duda y vacilación, Dios, de algún modo, impelerá a la resolución correcta. Calvino se encontró con su amigo Farell, que hacía mucho tiempo no veía; Farell, tomándolo por los hombros con mirada apasionada y con tono vehemente exclamó: ¡La reforma te necesita! Así que, Dios suele con-vinar las circunstancias con las personas y las palabras adecuadas para encauzar a su siervo en decisiones correctas.

2. CARÁCTER SANTIFICADO

En Las profesiones humanas, la eficiencia es independiente del modo de vivir de la persona que las ejerce; su *"vida privada"* poco o nada afecta la habilidad profesional

o el trabajo de alguien. Pero no es así con el Servidor del Señor Jesucristo que ha de guiar y ser ejemplo a grupos humanos en la consecución loable de un vivir decente y acorde con la vida eterna. Jamás será un "obrero aprobado" (2 Timoteo 2: 21) si el vivir cotidiano, su "vida privada", no está por encima de todo reproche.

La misión del servidor cristiano es elevada y trascendental, toda inconsecuencia entre lo que proclama y lo que hace y lo que vive, amenaza y desacredita seriamente la buena fama del evangelio y de Dios. "Tiene razón la Escritura cuando dice*: "la gente no creyente habla mal de Dios, por culpa de ustedes mismos"*. (Romanos 2: 24. Lenguaje actual). Lo sublime y sagrado del servicio cristiano exige apartarse del pecado, llevar una vida santa (2Timoteo 2: 20 - 23). No significa esto que un Servidor de Dios ha de ser perfecto; ninguna vez los hombres nacidos de "carne y sangre" lo han sido: ni profetas ni apóstoles. Todos enfrentan errores, debilidades temperamentales, pecados, *"caídas"* dolorosas; pero, el conjunto de la vida ha de presentar un cuadro de profunda piedad, de moral, de fe, de celo por la doctrina y de obediencia.

En el servicio cristiano no basta la fidelidad en la proclama de la verdad; es forzosa la consecuente práctica de la verdad que predica. De Orígenes se atestigua: "como enseña, así vive; y como vive, así enseña". A un obrero de Cristo lo debe acompañar la prudencia, la justicia, la templanza y la fortaleza. Estas integridades deben de estar ayudadas de resistencia tanto a las críticas desfavorables como a los halagos; de firmeza en momentos difíciles; de la capacidad de inspirar respeto, confianza, seguridad; entereza frente a las decepciones, deslealtades e ingratitudes; de tacto, capacidad de conciliar, tenacidad y real optimismo.

Sin embargo, aún estas cualidades no son suficientes sin la capacitación del Señor Jesús. Él dijo: "sin mi nada podéis hacer" (Juan 15: 5). No existe un genuino obrero que se haga a sí mismo. La obra sobre sí, del Espíritu Santo le es imprescindible para cualquier forma de servicio. Veamos que aún para *"servir a las mesas. - diaconía"* se exige que quienes lo hacen sean llenos del Espíritu Santo (Hechos 6: 3).

Pablo, abiertamente reconoce la verdadera fuente del poder ministerial: "no porque nosotros mismos seamos capaces de atribuirnos cosa alguna, como propia nuestra, sino que nuestra capacidad viene de Dios, cual nos capacitó para ser ministros..." (2 Corintios 3: 5- 6). El poder del Espíritu Santo es inseparable del *"fruto del Espíritu"*. Muchos han anhelado energía que les asegure crecientes y numerosas congregaciones, pero a la par descuidan su propia vida que esté llena del "fruto del Espíritu".

El *"fruto del Espíritu"* no son resultados estadísticos de tabulación, sino una modelación del carácter a semejanza del de Cristo: "amor, gozo, paz, paciencia, bondad, afabilidad, fidelidad, mansedumbre, templanza" (Gálatas 5: 23- 23). Todo Servidor debe experimentar una transformación de su carácter. Simón, voluble y deleznable como cualquier terrón de tierra fue transformado en Cefas (piedra); Juan, el intolerante, se convirtió en el apóstol del amor; y ¿qué decir de Pablo?

Desde el A. Testamento se distingue la necesidad de una santificación que trascienda los límites de lo ritual para ubicarse en el plano altamente moral. En 1 de Samuel 2:

12- 36, Elí y su familia, mediante la tragedia, tuvieron que aprender la importancia de vivir en santidad.

En el N. Testamento este requerimiento es evidente. Tres pasajes fundan los requisitos para todos los que desean ser Servidores del Señor Jesucristo: 1 Timoteo 3: 1-7; Tito 1: 5- 9 y 1 Pedro 5: 1-4. Más toda la Escritura nos ayuda a ver de modo contextual lo que debe ser el carácter de un Servidor:

A. Según Pablo. Los requisitos del Servidor (pastor-maestro) se resumen en una sola frase. *"Conviene que el obispo sea irreprensible (anepilepton - que no puede ser sorprendido en nada censurable)"* (1 Timoteo 3: 2); es decir, debe estar fuera de todo reproche, exento de todo lo que normalmente y en justicia ordinaria le parece bien a la sociedad.

La irreprochabilidad del servidor debe manifestarse en todo los órdenes de la vida personal, familiar, social y eclesial, tanto en lo positivo como en lo negativo.

Lo que Pablo considera indispensable puede resumirse así:

a. Sobriedad. "Nefalon" (1 Timoteo 3: 2), Suele aplicarse a quien se abstiene de vino o cualquier bebida alcohólica; pero aquí posee un significado de: moderación, templanza, claridad, seguridad, tranquilidad de espíritu, ausencia de apasionamiento. Incluye: morigeración en la bebida (1 Timoteo 3: 3; Tito 1: 7); *"marido de una sola mujer"* (testimonio en la esfera sexual), ausencia de entornos deshonestos; control de cualquier tendencia a la soberbia o ira. La falta de sobriedad y dominio arruina un ministerio.

b. Sensatez. "Sofron". El servidor debe ser prudente, dominador de sus impulsos, con mente sana y equilibrada. Sabiduría y sensatez son dúo unido. Muchos se ocupan en la *"obra del ministerio"* haciendo alarde de espiritualidad pero a todo nivel evidencian su falta de sesudez (cuerdo, sensato). Solo una persona juiciosa, ponderada en su apreciación de las personas y de los hechos, puede actuar con tino en las complejas situaciones que cruzarán el ministerio. Si llega a carecerse de esta solidez mental, imposible ser *"decoroso"* = kosmios, es decir, ordenado, capaz de actuar correcta y en conveniencia.

c. Afabilidad. Es contraparte de iracundia, la que hace del ser humano un pendenciero. El servidor debe ser "epicikes", esto es, apacible, amable, considerado, tolerante, magnánimo (generoso, noble, grande de espíritu). El carácter áspero, tonto, irritable, sin sonrisa franca y cordial, no ayuda a las relaciones humanas propias del servicio cristiano.

d. Justicia. Con ella se completa la afabilidad. El obrero debe ser "dikaion"= justo (Tito 1: 8), que observa las normas divinas en su conducta y busca la aprobación de Dios. En sentido estricto, que dé a cada uno lo que corresponde; en sentido jurídico, que juzgue a todos justa e imparcialmente ya de palabra, trato y decisiones.

Al servidor de Cristo no le está permitido recurrir a medidas torcidas. Sea cual fuere las dificultades en el camino de la rectitud, no puede salirse de ella. La media mentira, el fingimiento, los manejos turbios, las intrigas, los favoritismos, la falta de lealtad, la falta de escrúpulos y cualquier otro procedimiento de malvado corazón están vedados a quienes son llamados a proclamar la gloria de Dios. Ni siquiera cuando el propósito es bueno puede usarse medios ilícitos; pues: *"Sí, es cierto, soy un hombre ordinario con sus correspondientes debilidades, pero nunca me valgo de planes ni métodos humanos para ganar mis batallas. Para destruir las fortalezas del mal, no empleo armas humanas..."* (2 Corintios 10: 3- 4); así que, jamás es lícito: "el fin justifica los medios".

f. Autenticidad. 1 Timoteo 3: 2-4 y Tito 1: 6- 8, mantienen la recomendación de que el servidor de Cristo debe ser hospedador y que dirija bien su casa. Inevitablemente la "casa" del servidor de Cristo debe ser de cristal trasparente; sus puertas deben de estar abiertas para los de adentro y los de afuera.

Los miembros de "la Casa" mostrarán en su conducta exterior la atmósfera espiritual que el hogar respira. Ninguna excepción es posible. La regla general corrobora que un varón que fracasa en el gobierno de su casa y en la instrucción de sus hijos, está descalificado para guiar a los hijos de Dios. Es cierto que de servidores piadosos y fieles (Ej. Samuel) pueden salir hijos que no imiten sus caminos. Pero en la norma, los influjos del jefe del hogar son positivos cuando este vive la fe con devoción, piedad, autenticidad, y las conversaciones, reacciones y comportamiento son como una prolongación de su predicación, enseñanza y de su trato con los miembros de la iglesia. Dios sabe perfectamente cuantos hijos de Servidores y creyentes han sido arruinados por la inconsecuencia de su padre en el ámbito familiar.

g. Madurez. En 1 Timoteo 3: 6 "no un neófito". Literalmente, recién plantado. Se refiere a los nuevos y recién convertidos. Estos, como cualquier planta, necesitan crecer, robustecerse, entender mediante el servicio, el aprendizaje, el vivir cristiano e incluso mediante las pruebas.

Al principio el nuevo o recién llegado *"suele tener abundancia de follaje, pero no ha sido podado con la cruz"*. Necesita tiempo y formación. Sin estos requisitos se deja arrebatar por el engreimiento, los vientos de doctrina, las modas de predicación; podrá creer que ha conseguido altura superior a la de sus hermanos, pero lo que está es llegando al lazo del orgullo que destruye estrepitosamente para quedar en manos del diablo.

De Pablo, recordemos su dura resistencia a que Juan Marcos, desertor en el primer viaje, se uniera en el segundo viaje (Hechos 15: 36- 40). Tampoco lo perdía de vista al establecer ancianos en las iglesias. Es significativo que en el primer viaje misionero, durante el cual fundó varias iglesias no designara ancianos de manera inmediata en ninguna de ellas; esperó a nueva visita (Hechos 14: 23), seguramente para cerciorarse si ya había varones que evidenciaran las cualidades y propias de un servidor pastoral.

La historia de la Iglesia habla con frontal elocuencia del desastre que suele llevar la admisión precipitada al servicio cristiano de personas que se distinguen por su inmadurez.

B. Según Pedro. A pesar de su impetuosidad, causa de errores y fracasos, Pedro se hizo a lugar destacado entre los demás apóstoles. Su entusiasmo, su abnegación, su dedicación plena, su afecto sincero y el arrojo mostrado en sus decisiones, hizo de él, un genuino servidor (P. Ej. Juan 21: 3) y de quien otros recibían gran influencia. A partir de pentecostés, todas sus cualidades humanas fueron extraordinariamente ordenadas, robustecidas y completadas por el Espíritu Santo, por lo que Pedro fue principal columna de la iglesia de Cristo (Gálatas 1: 18; 2: 9).

Sin especulaciones, en Pedro quedó una honda conciencia pastoral desde que el Señor ya resucitado le encomendó el cuidado de la grey (Juan 21: 15- 17). Esto florece en abundancia cuando en su primera carta, 5: 1 -4, exhorta a los ancianos para que diligentemente apacienten a la Iglesia del Señor. Como Servidor en el oficio de pastor, se distingue por su humildad; no mira a los obreros dirigentes desde un pedestal; se sitúa junto a ellos y al mismo nivel ("yo anciano también con ellos").

Los requisitos que Pedro demanda para los servidores, no son menos dicientes e importantes que los mencionados por Pablo.

a. Voluntariedad. ·De buena voluntad". Ninguno de los humanos debiera dedicarse a alguna forma de ministerio por constreñimientos ajenos o por coacción alguna diferente al llamamiento de Dios. Solo cuando de modo libre y consciente el creyente puede decir *"heme aquí, Señor, envíame a mi"* está en condiciones de dedicar su vida sinceramente al servicio de Cristo.

b. Diligencia desinteresada. Pedro en el versículo dos del texto antes dicho, dijo: *"... háganlo por el gusto de servir, que es lo que Dios le agrada, y no por obligación ni para ganar dinero..."* (Lenguaje actual). El siervo del Señor ha de vivir con dedicación a la obra encomendada, pero jamás debe actuar bajo impulsos de móviles egoístas. El desinterés debe incluir la renuncia a ambiciones de toda índole, a las ambiciones de fama humana, de admiración, de influencia u honor. En una sola frase: al hambre de dinero y sed de aplausos.

c. Ausencia de espíritu dominante. En el versículo tres: *"... no como si fueran los dueños de los que están a su cuidado...".* Al servidor de Dios no le corresponde ejercer dominio despótico, esclavizador, arbitrario y abusivo sobre el pueblo de Dios. Los resultados de la tiranía que deplorablemente muchos ejercen, son a la larga negativos y nefastos para la iglesia (3 de Juan 9 y 10), y le cercena la verdadera acción del Espíritu Santo.

d. Ejemplaridad. En la segunda parte del versículo 3, comparado con 1 Timoteo 4:12 se lee: "Procurando ser un ejemplo para ellos". En consecuencia, todo servidor del Señor Jesucristo ha de trabajar en tal forma que pueda decir a sus consiervos y hermanos de fe: "sed imitadores de mí, así como yo de Cristo" (1 Corintios 11: 1) y "lo que aprendisteis, recibisteis, oísteis y visteis en mí, esto haced" (Filipenses 4: 9).

Una vida de actos ejemplares habla con eficacia y será mayor enseñanza que todo un año de estudios, sermones elocuentes y reuniones, que muchas veces y en buena parte no llegan a ser comprendidos por los oyentes. Pero, el más sencillo de la iglesia sí capta una vida transparente de cristiano. Por algo el escritor de Hebreros, antes de instar a sus lectores a imitar la fe de los Servidores/obreros dirigentes, les pide que "consideren el resultado de su conducta" (13: 7).

La ejemplaridad resulta superior a la mera irreprensibilidad. A la ausencia de motivos de reproche se añade un modo positivo de comportamiento.

3. OTROS REQUISITOS EN EL NUEVO TESTAMENTO

Pablo, en sus cartas pastorales señala las cualidades indispensables de los servidores que dirigen a las iglesias. Pedro en su lista, después de la ejemplaridad, señala más rasgos del carácter de un servidor: pero una ojeada a varios otros pasajes del Nuevo Testamento muestra otros aspectos del siervo de Cristo.

A. Dedicación. Aquí no refiere a la dedicación de todo el tiempo a la obra de ministerio, sino a la entrega interior.

Puede una persona liberarse de ocupaciones seculares para atender adecuadamente su oficio ministerial pero tener un corazón dividido; y por el contrario, haber quien se ve obligado a ganarse el sustento mediante un empleo secular, pero da prioridad especialísima en su mente y en su corazón a la obra del ministerio; Pablo trabajó fabricando carpas, pero nunca mermó ni dejó de ser el gran siervo de Jesucristo. Siempre fue fiel a su gran ideal: *"de ninguna cosa hago caso, ni estimo mi vida preciosa para mí mismo, con tal que acabe mi carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para dar testimonio de la gracia de Dios"* *(Hechos 20: 24).* En este sentir, imitaba a su maestro y Señor *(Juan 4: 34).*

La entrega sin reservas, en todos los órdenes, debe regir la vida del servidor. Solo de este modo puede lograrse la concentración necesaria en la tarea que le es encomendada; toda disgregación de ideales resta efectividad al trabajo en la obra.

La unidad de propósito es fundamental para la eficacia del trabajo.[1] En todos los grandes siervos de Dios ha brotado este espíritu rendido a Cristo. El reformador Calvino, en su sello personal, hizo grabar un corazón encendido con la inscripción: *"cor neum tibi, domino, offero – Señor, te ofrezco mi corazón."*

B. Humildad. La tendencia del ser humano pecador es buscar su propio ensalzamiento. Aún quienes convivieron con Jesús y vieron su gloria se sintieron preocupados por *"quién es el mayor en el reino de Dios"* *(Mateo 18: 1)* o *quién de ellos sería el mayor* *(Lucas 9: 46).* Juan y Jacobo, por medio de su querida madre, se atrevieron a pedir que se les concediese los lugares más prominentes del reino (Mateo 20: 20- 21).

---

[1] *"Hermanos, yo sé muy bien que todavía no he alcanzado la meta; pero he decidido no fijarme en lo que ya he recorrido, sino que ahora me concentro en lo que me falta por recorrer. Así que sigo adelante, hacia la meta, para llevarme el premio que Dios nos llama a recibir por medio de Jesucristo" (Filipenses 3: 13- 14).*

Por desgracia, numerosos están anteponiendo su propia vanagloria personal a la gloria de Dios. La vista pública del ministerio es propicia a desarrollar ambiciones de grandeza; en vez de ser colaboradores del Señor, se han convertido (puede que inconscientemente) en sus competidores y hasta opositores.

Se registra en la historia mediata de la predicación del evangelio que los oyentes prestan mucha más atención a las presentaciones pomposas de los llamados profetas, apóstoles, sanadores, salmistas, bailarines, etc., que al Maestro, Salvador e Hijo de Dios y lo que Su Palabra enseña. Deplorablemente les preocupa encumbrarse a sí mismos que exaltar a Cristo. Más que el bien de las almas y la fama del evangelio, buscan su propio bienestar y fama. Es plausible procurar atención a la insistencia con que el Señor condenó este mal: Mateo 18: 4; 20: 25- 28; 23: 11- 12; Marcos 10: 42- 45; Lucas 14: 11¸ 18: 14; Juan 13: 13- 16.

El apóstol Juan que torpemente había codiciado tal pretensión, finalmente aparece impresionado por las exhortaciones de Jesús a la humildad. Pues es el único narrador del evangelio que recoge las palabras de su tocayo el Bautista: *"a él [Jesús] conviene crecer, más a mí menguar"* (Juan 3: 30); de otra parte, cuando menciona el privilegio de haberse recostado sobre el pecho del Señor, lo hace de modo anónimo (Juan 13: 23). Y relata el lavamiento de los pies de los apóstoles por Jesús, con toda lección de humildad (Juan 13: 3- 17).

Pedro se refiere con toda precisión: *"revestíos de humildad"* (1 Pero 5: 5). El verbo "enkomboomai" (gr), usado se refiere a la acción de ceñirse el delantal blanco (enkomboma) de los esclavos. Este era el concepto que de sí mismo tenía Pablo cuando en varias ocasiones se autodenomina. "esclavo de Jesucristo". El servidor del evangelio, no puede ser otra cosa. Por consiguiente, o se es humilde o se es infiel a quien lo llamó. En el último caso, el ministerio se convierte en anti -ministerio o anti – servicio.

C. Abnegación (Filantropía). La dedicación y la humildad se desarrollarán adecuadamente cuando tienen una raíz profunda: la negación de sí mismo a que debe llegar todo cristiano y muy especialmente el Servidor del Señor Jesucristo. La abnegación es el principio mismo del discipulado (Mateo 10: 38-39; 16: 24- 25; Lucas 14: 27). Olvidarse de sí mismo, es el camino del servidor auténtico.

Un hombre cargando un madero, rumbo al suplicio, era hombre que se dirigía a la muerte. *"Tomar la cruz"* es, en consecuencia, no solo padecer lo inevitable sino renunciar a la propia vida. Es comprender y aceptar que no está en el mundo para disfrutar sensualidades y buscar los varios honores egoístas, sino para *"servir y dar la vida"* (Mateo 10: 45) en cumplimiento de la misión recibida.

La abnegación del servidor, nada tiene que ver con la filosofía del ascetismo. En ninguna manera se trata de renunciar a todo lo justo y agradable que la vida santa puede ofrecer y que es fuente de sana alegría; pero todo ha de estar subordinado a un segundo lugar. Sí Dios en algún momento llegare a privar de todo ello, el servidor debe proseguir firme su oficio encomendado.

Entender qué Dios jamás deberá algo a su servidor, evitará muchas horas de amargura y desánimo, y quedará mucho tiempo para comprobar que Dios no es tacaño para galardonar, y mucho menos sádico con quien le sirve sinceramente. Cualquier tipo de insatisfacción debe afrontarse sin resentimiento, sin rebeldía interior, con ausencia de ambición y sin desfallecimiento en el trabajo encomendado. La abnegación es cimiento de la obra del ministerio, y sí el cimiento se debilita la obra se va desmoronando.

La abnegación irá emparejada, más de una vez, con la renuncia de cosas lícitas pero que en ciertos momentos no son convenientes (1 Corintios 10: 23- 24). Impulsará a la declinación de derechos (1 corintios 9: 1-18; 2 Corintios 11: 7- 9), a la flexibilidad y a la adaptación a otros en cosas no esenciales, siempre que no vaya en contra de las normas cristianas (1 Corintios 9: 19- 23) y sin renunciar jamás a la ortodoxia y fidelidad de la fe (Judas 3; 1 Pedro 3: 15).

El servidor de Cristo debe tener como valor y meta: la gloria de Dios, que está por encima y bien por encima de cualquier satisfacción egoísta. Pablo signó su ministerio, manteniendo una tenaz disciplina que hizo de él un genuino atleta espiritual:

> *"ustedes saben que, en una carrera, no todos ganan el premio... pues nuestra vida como seguidores de Cristo es como una carrera, así que vivamos bien para llevarnos el premio. Los que se preparan para competir en un deporte, dejan de hacer todo lo que pueda perjudicarlos. ¡Y lo hacen para ganarse un premio que no dura mucho! Nosotros, en cambio, lo hacemos para recibir un premio que dura para siempre. Yo me esfuerzo por recibirlo. Así que no lucho sin un propósito. Al contrario, vivo con mucha disciplina y trato de dominarme mí mismo. Pues si anuncio el evangelio a otros, no quiero que al final el Señor me desclasifique a mí.* (1Corintios 9: 25- 27. Lenguaje actual).

D. Valentía. El trabajo de un servidor de Cristo no es apto para pusilánimes y que a todo diga: "sí". Desde el principio, Jesús refirió a su "enviados" peligro, conflicto permanente y dura oposición: *"... sí la gente dice que yo soy el diablo, entonces, ¿qué no dirán de ustedes, que son mis discípulos?"* (Mateo 10: 16- 25).

Los "doce" y todos los seguidores de Cristo, muy pronto sufrieron en cuerpo y espíritu los embates de la sociedad incrédula y de la religiosidad profundamente hostil (menosprecio, azotes, cárceles, apedreamientos, peligros, fatigas, ayunos, preocupaciones, calificación de secta, etc., (2 Corintios 4: 8-13; 11: 23-33: Hechos 24: 5; 28: 22). A esto se añade las dificultades creadas por los falsos maestros que introducían herejías, o las doctrinales, o hermanos débiles que a menudo causan conflictos o caen en serios pecados.

Todo, nos da una idea del temple abnegado de los apóstoles y de todos sus colaboradores. Solo una valentía sin reservas, puede sostener a un servidor -no asalariado. Aún el servidor de hoy está expuesto a semejantes embestidas, puesto que la pugna de tantas corrientes ideológicas y costumbres disolventes azotan a la iglesia.

Además, el sincretismo y ecumenismo religioso están haciendo su propia fiesta, por lo que el servidor genuino precisa de una dosis sobrenatural de discernimiento, cora-

je, autenticidad y firme decisión de ser fiel a la Sagradas Escrituras, aunque solo llegare a quedar. *¡"no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder"!* (2 Timoteo 1: 7).

F. Sinceridad. Nadie como el servidor de Cristo se ve tentado a mantener y querer una apariencia elevada de sí mismo que no responde a la realidad. Quiere forjar una imagen exterior que responda a la perspectiva y deseos de las personas, dejando de lado la debida imagen interior y de un servidor de Jesucristo; originando a otros consiervos una inconsecuencia que a la larga causa egoísmo, deseos de protagonismo, codicia y envidia ante las excelencias que Dios les prodiga.

De muchas maneras se hace esfuerzos inauditos a favor de la "imagen exterior": se cultiva, se pule, se retoca, se abrillanta, se amorece y finalmente se llega a pensar que se es distinguido y superior a los demás, inquietándole entonces lo que puedan llegar a pensar los demás hombres y no lo que Dios piensa y quiere.

Esta apariencia y deseo es desde antiguo:

> *... muchos de los judíos y algunos de sus líderes creyeron en Jesús, pero no se lo decían a nadie, porque tenían miedo de que los fariseos los expulsaran de la sinagoga. Ellos preferían quedar bien con la gente y no con Dios.* (Juan 12: 42- 43).

Pero aun hoy, debe ser combatida enérgicamente. Cuanto mayor sea la diferencia entre lo que se aparenta y lo que se es, mayor peligro se corre al orgullo; presentándose como un gigante a la vista humana y un enano ante Dios. Sépase que la desproporción saltará a la vista de cualquier observador con el consiguiente descrédito y proyección de una imagen y personalidad contradictoria. En el propio servidor se sentirá un desasosiego torturante que corroe y va más allá de lo comprensible y tolerable.

El brillante ejemplo de los "doce" marca la pauta de sinceridad: "porque nuestra gloria es esta: "el testimonio de nuestra conciencia, que con sencillez y sinceridad... nos hemos conducido en el mundo" (2 Corintios 1: 12). Jesús invitó a vivir en un plano de justicia Superior a la de los escribas y fariseos (Mateo 5: 20). Un auténtico siervo no puede desoírlo.

La sinceridad no se refiere únicamente a las palabras (2 Corintios 1: 18), sino también a los pensamientos (2 Corintios 1: 17), y a la personal conducta (2 Corintios 4: 2; 1 Tesalonicenses 2: 3, 4) ante Dios y los hombres.

G. Solidaridad. Podría este precepto parecer irrelevante entre todas las evidencias de excelencia. Sin embargo, el servidor puede perder de vista la amplitud y universalidad de los propósitos y de los métodos de Dios. Se contagia de localismo e individualismo, mirando a sus demás consiervos de ministerio pero no teniendo oídos para ellos. Puede llegar a pensar que su obra es la más importante entre todos, el más grande, el superior y el que debe ser centro de todo. En el fondo es simplemente miopía y pulula el pecado de: egocentrismo.

Cuando el Señor Jesucristo planeo su obra, "primeramente" escogió a los "doce". Cuando envió a predicar, fueron en parejas. En "Pentecostés" los "doce" reconocen la obra de Felipe en Samaria y la apoyan (Hechos 8: 14-25). Se puede ver la iglesia de Antioquia (Hechos 11: 22).

La obra de Pablo y Bernabé entre los gentiles era tan necesaria como la labor de Pedro, Jacobo y Juan entre los Judíos (Gálatas 2: 7- 9). La obra iniciada por Pablo, era continuada por otro; se cumplía: "uno es el que siembra y otro el que siega (Juan 4: 37). En Corinto, Pablo plantó y Apolos regó; el uno puso cimientos y el otro sobreedificó (1 Corintios 3: 6- 10).

En el tiempo apostólico los servidores trabajaban y los dones se usaban solidariamente bajo la dirección del Espíritu. Esta experiencia debe continuar hoy, repitiéndose tanto en el ámbito de la iglesia local como de la obra mundial.

Si no es posible a raíz de las múltiples ideologías en el evangelismo y la enseñanza, a lo mínimo se debe adelantar en fraterna comunión en el ministerio donde Dios le haya puesto. Lo contrario es una negación práctica de la doctrina de que la iglesia *es "es un cuerpo",* traduciéndose en una puerta abierta a la inefectividad, al nulo servicio, a la doblez, insinceridad y general destrucción.

H. Firmeza. Es verdad que el servidor de Cristo nunca debe convertirse en dictador, pero ha de distinguirse por carácter y personalidad enérgica. Muchos son los momentos que los necesitará. Hay momentos en que la blandura, la abierta tolerancia y las concesiones son pecados. Lo son, cuando los errores doctrinales amenazan la integridad del evangelio (Gálatas 1: 6- 10; 1 Timoteo 1: 19- 20; 2 Timoteo 2: 14- 18); cuando se presenta inconsistencia grave (Gálatas 2: 11- 14); cuando descaradamente se deja introducir el pecado en la iglesia (1 Corintios 5); o cuando el desorden y actitudes carnales amenazan su buena marcha y eficaz gobierno (1 Corintios 4: 18- 21; 2 Corintios 10: 2- 6, 11; 13: 2).

Sin embargo, y en cualquier caso, la firmeza no debe caer en rigidez o incomprensión. En tal caso sería obstinación corta de santidad, pues emparenta más con el orgullo que con la firmeza, de la que todo buen servidor precisa huir.

La firmeza corresponde siempre estar acompañada de suma prudencia, delicadeza y tener una orientación positiva y formativa; debe emanar de la especial autoridad moral y siempre para edificar, no para destruir (2 Corintios 10: 8; 13: 10).

Es necesaria la solidez frente a las múltiples circunstancias descorazonadoras, los problemas, el escaso fruto, las debilidades propias y ajenas, las deslealtades, las decepciones, las contradicciones, las intrigas. Todo puede contribuir a minar la fortaleza, pero un genuino servidor ha de superarlas; como Pablo, ha de poder decir: "Dios es bueno y nos permite servirle. Por eso no desmayamos" (2 Corintios 4: 1, 16).

I. Amor. Esta excelencia, propia de todo creyente en Cristo, ha de mostrarse aún más patente en el servidor de Jesucristo. Ha de rematar a todas las demás capacidades. Todos los dones, todas las virtudes, todos los esfuerzos y fatigas, todas las renuncias, todos los sacrificios serán en huero sin falta del amor... nada se será (1 Corin-

tios 13: 1- 3). El sentir que hubo en Jesús (Filipenses 2: 5) debe inspirar constantemente a quien le sirve.

El origen de la excelencia del amor está en Dios mismo quien lo derrama en el corazón del creyente por medio de su Espíritu (Romanos 5: 5). Y es de doble dimensión; en primer lugar hacia Cristo y a continuación hacia los hombres. El Señor recalcó este principio mediante el dialogo que, después de su resurrección, sostuvo con Pedro: -¿me amas? – Preguntó por tres veces consecutivas. Después de las respuestas afirmativas del apóstol, le encomendó el cuidado de la su grey (Juan 21: 15: 17).

Igual ejemplo encontramos con Pablo. A través de sus epístolas descubrimos los diversos modos de manifestar su amor. ¡Cuánta ternura, cuánta prontitud, cuánta paciencia, cuánto desinterés, cuánta pasión santa en relación con los creyentes de las diferentes iglesias (2 Corintios 11: 11; 12: 15; Gálatas 4: 19; 1 Tesalonicenses 2: 7- 8, 11). Desde luego, no era menor su amor a los inconfesos, sobre todo hacia sus compatriotas rebeldes e impenitentes; su declaración al respecto es estremecedora:

> *Verdad digo en Cristo, no miento, y mi conciencia me da testimonio en el Espíritu Santo, que tengo gran tristeza y continuo dolor en mi corazón, porque desearía yo mismo ser anatema, separado de Cristo, por amor a mis hermanos, los que son mis parientes según la carne, los israelitas.* (Romanos 9: 1-4).

Cuando el servidor de Cristo ama de este modo ha alcanzado la cuota alta de la santificación. Ese amor generará comprensión, paciencia, tolerancia justa, simpatía profunda hacia los demás seres humanos en sus problemas, necesidades, y sufrimientos. Su trabajo en el ministerio rezumará sentimiento de afecto santo; poseerá el "talismán" profundo para llegar a los corazones.

La mayor necesidad del ser humano es el sentirse verdaderamente amado. Infinidad de personas que viven en el dolor, en la soledad, en la frustración, tal vez entenderán muy poco de teología, pero detectarán cualquier onda de amor que llegue a ellas, con lo que se habrá iniciado un proceso de comunicación espiritual. Quien ama realmente, está reuniendo el máximo de los requisitos necesarios para el servicio cristiano.

Nunca será demasiado el empeño que se ponga en cultivar las integridades cristinas. Paralelamente a la acción del Espíritu Santo, el servidor ha de velar y esforzarse, *"consumando la santificación en el temor de Dios"* (2 Corintios 7: 1). La autodisciplina ha de ser rigurosa y constante a fin de evitar que siendo heraldo a los demás, resulte él mismo descalificado (1 Corintios 9: 27).

Bibliografía. BULLINGER, E. W., LACUEVA, Francisco. Diccionario de Figuras de Dicción, Terrassa: clie. 1985. ESCUAIN, Santiago y HALEY, John W. Diccionario de dificultades y aparentes contradicciones bíblicas. Terrassa: clie. 1988. MARTÍNEZ, José M. Ministros de Jesucristo I, II. Barcelona: clie. 1977. Hermenéutica bíblica. Terrassa: clie 1984. PATE, Larry D. Misionología. Florida: Vida. 1987. Sagradas escrituras, versiones: Reina Valera, Dios Habla Hoy, Nueva Versión Internacional, Lenguaje Actual. SANDERS, J. Oswald. Liderazgo Espiritual. Michigan: portavoz. 1987. SWINDOLL, Charles R. Pásame otro ladrillo. Minneapolis: Betania 1980. Desafío a Servir. Miami: Betania. 1983.